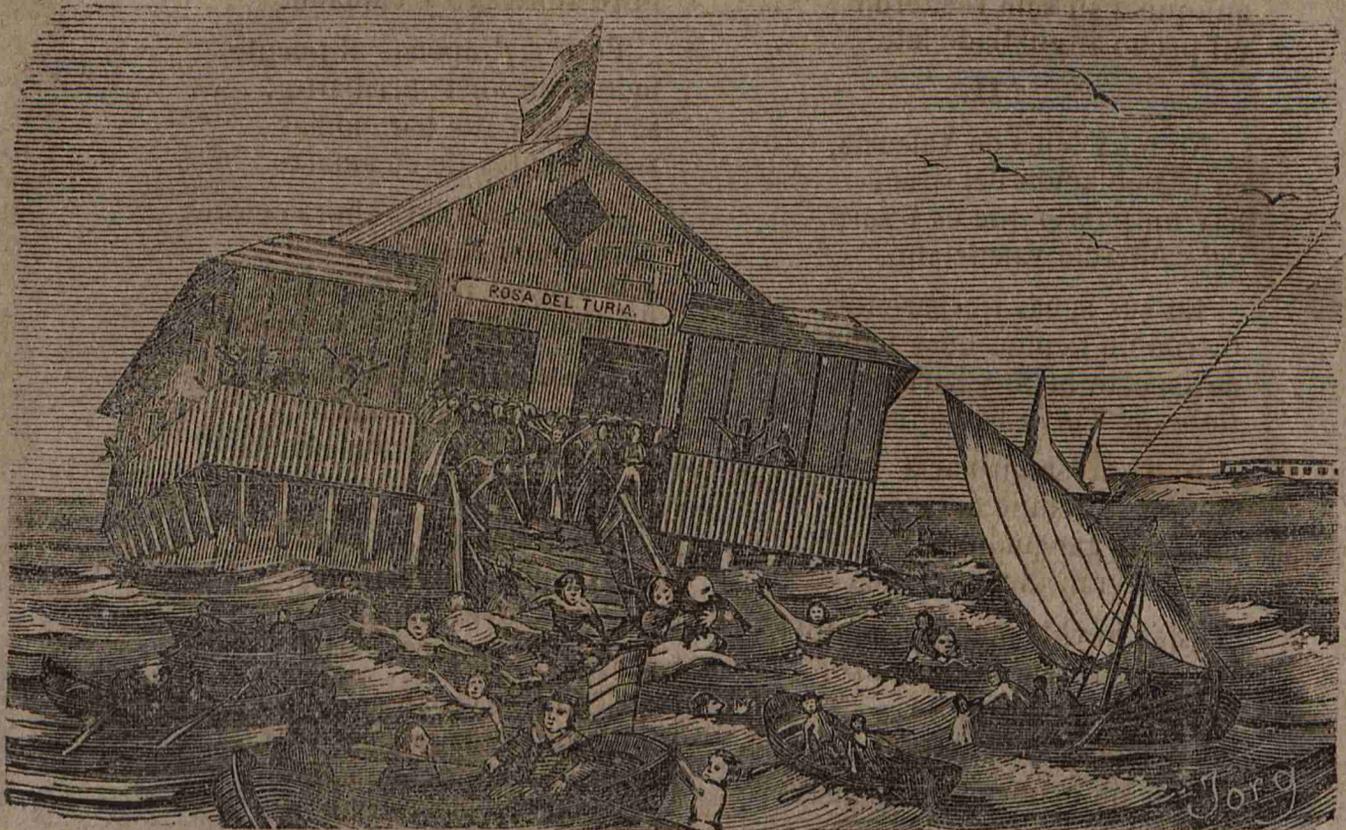


Leon 1869

586



CATÁSTROFE

OCURRIDA EN LOS BAÑOS DE LA ROSA DEL TURIA
el dia 29 de Julio del año 1869.

I.

La mar estaba tranquila
flotando en ella las naves;
el sol apenas brillaba:
eran las seis de la tarde.

Elegantes valencianas
lucian graciosos trages,
y radiantes de hermosara
ostentaban sus semblantes.

En torno de ellas vagaban
los amorcillos fugaces,
bebiendo el sabroso néctar
de sus lábios de granate.

En las vergas de los buques
los suspiros de los mares
juguetones ondeaban
las banderas nacionales.

Todo prostaba á aquel sitio
en aquella infausta tarde
la animacion y alegria
y el bienestar agradable.

Pero ¡ay! quién presagiara
aquella horrible catastrofe
que llevó á muchas familias
el desconsuelo mas grande!

Lector, si atento me lees



voy el suceso á contarte,
aunque a su solo recuerdo
mi pecho angustiado late.

II.

No muy lejos de Valencia,
en la poblacion del Grao,
hay un puerto que es tesoro
del comercio valenciano.

En sus aguas transparentes
fueron un tiempo unos baños
de aspecto bello y hermoso,
Rosa del Turia llamados.

Nada presumir hacia
que largo tiempo flotando,
un día llegar pudiera
que faltarán dichos baños.

¡Mas hay! la mente se anubla,
late el corazón de espanto
al pensar en aquel día
de recuerdo tan amargo.

Mas de ochocientos bañistas
tranquilos y sin cuidado
estaban aquella tarde
alegres tomando el baño,

Cuando observan de repente
les iba el agua anegando,
pues se hundía el edificio
por todos sus cuatro lados.

Gritos de horror y agonía,
de amargura y de quebranto,
lanzan todos aturridos
casi entre olas sepultados.

Todos en aquel instante
tan fatal y tan aciago
quieren llegar á la puerta
por sus ansias acosados.

Todos en tropel confuso,
sin pensar el grave daño
que ocasionarles podría
su afán impremeditado,

Se agolpan hácia aquel puente
que en los baños descansando

conducía á tierra firme
libre de riesgo y cuidado.

Pero ¡ay! apenas al puente
todos con ansia arribaron,
se rompen sus barandillas
y los puntos de su amarro.

¿Quién me dará ahora colores
para pintar el retrato
y bosquejar débil muestra
de aquel tan horrendo cuadro?

La superficie tranquila
del agua del mar salado
desaparece por completo
cubierta de tristes náufragos.

Por todas partes resuecan
mil suspiros angustiados,
sollozos, ayes, lamentos.....
¡causa dolor recordarlo!

Todos invocan al cielo
que interceda por sus santos;
todos los labios murmuran:
Virgen Maria, salvadnos.

Y mientras todos clamaban
sin cesar desesperados,
las olas del mar cubrían
sus cuerpos que maltrataron.

En ademán suplicante
solo se ven ya sus brazos,
y al cielo alzadas tan solo
sus yertas crispadas manos.

Unos á otros se acogen
del edificio al tablado,
y alguno mas feliz fuera
si se agarró de algun barco.

Todos víctimas murieran
de aquel siniestro tan raro
si al punto de la desgracia
no acudieran á auxiliarlos.

Cuantos estaban presentes,
al mar muy luego se hecharon,
unos bajando con lanchas
y otros valientes á nado.

Todos sin par atrevidos
con esfuerzos denodados,
despreciando los peligros
vidas al mar le robaron.

Quisiera saber sus nombres
para yo aquí recordarlos,
que place cantar los héroes
de espíritus esforzados.

III.

Ya la noche sus crespones
lendia sobre la tierra,
y era noche tenebrosa
sin clara luna ni estrellas.

Las lanchas iban dejando
de la playa en las arenas
cuantos fueron allí víctimas
de tan estraña sorpresa.

Muertos estaban los unos,
otros en su ánsia extrema,
y otros pedian socorro
de la religion y ciencia.

Doquier la vista veia
à la luz de las linternas
cuadro de espanto horroroso,
de luto y dolor escena.

Mil cuerpos allí desnudos
pidiendo auxilio y clemencia,
que en recibir no tardaron
cada cual de su manera.

Una madre contemplaba
en sus brazos hija muerta,
que à pesar de ser su hijá
casi no la conociera.

Un padre desesperado,
descompuesta su melena,
buscaba à dos pequeñuelos
de su pecho amantes prendas.

Cien hijas desconsoladas,
con inaudita impaciencia,
llorando llaman à voces
à su madre que perdieran.

Tres fueron mas los estragos,

y aun mas desgracias hubiera,
à no intervenir cual siempre
la Divina Providencia.

Ella acudió allí al suceso
é inspiró à mil almas buenas
los sentimientos que pronto
gratos efectos surtieran.

Quién en su próxima casa
à los náufragos hospeda
y les prodiga cuidados
vistiendoles con decencia.

Quién, ministro del altar,
con sus consuelos alienta
y administra Sacramentos
al que aguarda muerte cierta.

Quién, cual llovido del cielo,
sacerdote de la ciencia,
con los recursos del arte
en curar allí se esmera.

Y todos los que el suceso
vertiendo lágrimas vieran,
dieron pruebas nunca vistas
de su caridad inmensa.

En tanto corre cual rayo
tan infausta y triste nueva,
y à la vecina ciudad
en alas del viento llega.

Valencia lanza un suspiro,
gemido amargo de pena,
y al lugar de la desgracia
acuden con gran presteza.

Unos buscan sus amigos,
otros su familia buela,
y no faltó algun amante
que fue en busca de su bella.

Al que encuentra lo que busca
de gozo su pecho llena,
y al que no toca igual suerte
con dolor se desespera.

Tambien las autoridades
al punto allí se presentan,
y atenuando aquel conflicto



disposiciones ordenan.

Describir ya mas detalles
es casi imposible empresa;
haberlo visto es preciso
para formarse una idea.

Cuántos allí sucumbieron,
no se sabe a ciencia cierta;
dicen, y es positivo,
que á muchos sube la cuenta.

A numerosas familias
amargó tan triste escena,
llevando el luto á su alma
y la pena mas intensa.

La memoria de aquel día
será amarga para ellas,
y el recuerdo mas funesto
para la hermosa Valencia.